

emisora que se inauguraría posiblemente el 14 de Julio.

En la sesión extraordinaria se trató únicamente del proyecto del presupuesto extraordinario para obras y servicios provinciales. Proyecto que fue aprobado y alcanza la cifra de un poco más de ciento sesenta y seis millones de ptas.

El día 30 de Junio tuvo la Corporación dos plenos extraordinarios. En el primero se trató del nombramiento de los compromisarios para la elección de los representantes de las Diputaciones del distrito de Salamanca en el Patronato de la Universidad. La elección recayó en los diputados señores Gutiérrez Macías, Camisón Asensio y Cruz Sagredo.

El segundo pleno estaba motivado por la resolución del concurso para la adquisición de un laboratorio y maquinaria para la sección de Vías y Obras y la liquidación de obras en caminos vecinales. Se aprobaron las compras hechas a doña Angela García Monge de dos camiones, a don Daniel Guisado, de 15 motocicletas, y a don Miguel Belenguer, por material de laboratorio.

Terminada la sesión el vicepresidente señor Camisón Asensio y en su calidad de presidente de la Comisión de Agricultura procedió a informar sobre las pérdidas sufridas en las zonas cerezeras del Valle del Jerte, la Vera y Hervás ocasionadas por las recientes lluvias, proponiendo diversas medidas para paliar la grave situación creada y mitigar el paro, aunando así los trabajos del Ministerio de Agricultura iniciados ya, con los provinciales.

En el pleno celebrado el 23 de Julio se dio a conocer el informe elaborado por esta Corporación para el plan selectivo cacereño donde se informa a la superioridad de las aspiraciones de la provincia en todos los órdenes para que sean tenidas en cuenta en el III Plan de Desarrollo. Se trataron igualmente diversos aspectos relativos a la ampliación de los regadíos en la zona del Ambroz, Ribera de Fresnedosa, Peraleda de la Mata y Valdecañas.

La Corporación hace constar en acta su sentimiento por la muerte en trágico accidente de doña María Cristina Ulloa, esposa del alcalde de Cáceres.

Pleno extraordinario el 30 de Agosto presidido por el gobernador civil, señor Gutiérrez Durán, quien informó a los diputados de un importante cambio en la presidencia de la Corporación. Don Daniel Serrano García, a petición propia y a fin de dedicarse plenamente a las tareas propias de su cargo de delegado provincial del Ministerio de Educación y Ciencia, deja la presidencia. Le sustituirá en la misma el actual vicepresidente don Felipe Camisón Asensio.

En la misma sesión se trataron diversos asuntos, entre ellos el nombramiento de oficial mayor a don José Martín Hidalgo, administrador de la revista «ALCÁNTARA». La toma de posesión y juramento del nuevo presidente tuvo lugar en la sesión extraordinaria del 1 de Septiembre. Presidió el gobernador civil a quien acompañaban las autoridades religiosas, civiles y militares de Cáceres y algunas de Badajoz. Don Felipe Camisón prestó juramento de su cargo, tomando a continuación la palabra el presidente que salía señor Serrano García, agradeciendo la colaboración recibida por sus compañeros de Corporación y resaltando los méritos del diputado que le habrá de sustituir. Acto seguido habló el señor Camisón Asensio para dar las gracias por esta prueba de alta confianza con la que se le destaca. Se refirió igualmente a sus deseos de trabajar para conseguir para todos los extremeños una renta per cápita más alta.

Terminó la sesión con un discurso del gobernador civil, quien entre otras cosas refirió los pormenores que habían influido en el presidente saliente para dejar el cargo, la nueva ley de educación. El señor Serrano García seguirá entre nosotros como diputado hasta el término de su mandato aportando su valiosa colaboración. Todos los oradores que intervinieron fueron muy aplaudidos.

J. A. OLIVER MARCOS

RECENSIONES

ALCANTARA gustosamente se ocupará, con la extensión que las circunstancias permitan, de los libros que con este fin le sean enviados.

«**EL CONTADOR DE SOMBRAS**», por **Antonio Burgos**. Colección: «**El huevo literario**», número 3. Impreso por **Gráficas Zeus**. Barcelona, noviembre, 1970.

Este no es un libro de poesía, aunque lo haya escrito un poeta y andaluz por feliz añadidura.

Es una novela que yo titularía «Biografía de un lugar», si el autor no opone a ello inconveniente grave. Y no porque sitúe la acción, precisamente, en un pueblo determinado, desde luego fácil de identificar —aunque no da su nombre— por su situación, confines y otras alusiones que lo evidencian.

Creemos sinceramente que el autor ha tomado este lugar para habitación de sus personajes porque le es conocido, está ubicado en un paraje agreste, mas sugerente siempre a la descripción, y en zona de serranía, donde suelen perdurar costumbres, tradiciones y tipos humanos más atractivamente novelables.

Porque parece lo más cierto que los hechos, personajes, anecdotario y situaciones de la novela pueden, en algún caso, tener origen o hacer referencia a cosas y personas de dicho pueblo, o de la comarca, pero es claro que están fantaseados unas veces y, otras muchas, tomados de un anecdotario que suele situarse libérrimamente en los más lejanos

puntos de nuestro país; cuando no creados por la propia fantasía del autor. Recordamos, a título de ejemplo, de aquél avisado personaje que prometía a los padres de los reclutas librar a sus hijos del servicio militar sacándolos con un número alto en el sorteo correspondiente, todo previo el pago de unas pesetas recibidas en mano. Este suceso lo he oído yo aquí, hace ya muchos años, referido a un pícaro cacereño.

Hacemos este comentario, marginal realmente a lo importante de la novela, porque nos ha llegado noticia de los gustos y sinsabores que esta circunstancia ha acarreado al autor. Parece que todo el mundo de la región se ha sentido aludido y han puesto el grito en el cielo con indignación tan natural como poco razonable. Pensamos, con el clásico, que, en toda caso, «arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué».

Por otra parte, nunca hemos visto hiel en la pluma del escritor sino mucho gracejo y fina sal—que a veces escuece más que el acibar—transidos, en no pocas ocasiones de una velada y dolorosa tristeza. Creemos sinceramente que Antonio Burgos no tiene, por esta parte, ni por ninguna otra, que arrepentirse de nada.

Y vamos con lo que importa:

La novela está escrita en monólogo. En un difícilísimo monólogo del que el au-

tor sale mucho más airoso de lo que cabría esperar en una primera novela. Mantener la atención del lector a lo largo de doscientas páginas con este modo de narrar no es cosa que se consigue fácilmente.

Don Tomás Mora, de familia con abuelo, que se crió con ama seca, de aquellas «que tenían agujas de plata en el moño», que fue muchacho en el pueblo—solo en los pueblos son los niños auténticamente muchachos—, que se educó en los Jesuitas de Villafranca, corrió la jarana de estudiante *trompición* en Sevilla, casó en el pueblo, colgó el título de abogado—si es que terminó la carrera, que no recuerdo si el autor lo dice o no—y allí engendró, vegetó y envejeció con el recreo de sus tierras, su casa y sus reclamos; que se creía el amo del mundo, se siente viejo y de vuelta de muchas cosas:

«Pero, mire usted, estas cosas se acaban cuando viejo, y a mí se me han acabado».

Sentado en un sillón del casino, que ya no es el que él añora, ante un espejo del salón, con el azogue roído por la humedad y los años, se abstrae y ensimisma y, como dialogase con un forastero imaginado, inicia un soliloquio que será la novela entera.

Don Tomás Mora hace en el primer capítulo su propia presentación y la de su pueblo, como si dejáramos, con *las generales de la Ley*.

Ya en estos inicios se entrevé la honrada y bondadosa humanidad del hombre y el amor que profesa a su tierra, a la que se duele de que no sea como el desearía que fuese y, sobre todo, como la recuerda, la ensueña, de sus años de niño y mozalbete.

Luego, todo a lo largo del libro, no es otra cosa que el desarrollo de este primer esquema, sobre el que el novelista va perfilando y dando relieve y vida a sus numerosos personajes y al pueblo mismo, que vive con ellos, por ellos y en ellos.

Los que se han dolido de este libro no han sabido ver, pienso yo, cuanto amor insatisfecho y no siempre resignado, cuanta comprensión y renuncia hay en

estas páginas. Y cuanta escondida, casi enterrada, poesía en el ensimiamiento de este don Tomás, que no es un hijo de su pueblo sino el hijo de todos los pueblos de España que tantos y tantos llevamos dentro monologando cada día.

Se nos ocurren muchas más reflexiones y comentarios pero no nos queda espacio para todas. Y lo sentimos, ciertamente.

Terminamos diciendo que el escritor utiliza un lenguaje llano y muchas veces vulgar—o aparentemente vulgar—como corresponde a la idiosincrasia de sus figuras, adobado con mucha gracia y donaire y salpicado muy discretamente con algún que otro *ajo* o chocarrería dejados caer con tanta oportunidad y natural acomodamiento que propende a la sonrisa y no molesta nunca. No es un tremendista sino un finísimo andaluz con todo el natural señorío y noble casticismo de la raza. Y por Dios que, en esto, sabemos bien lo que decimos.

Sinceramente felicitamos al autor aunque esperamos a su próxima novela antes de decidimos a un veredicto, con toda humildad sea dicho, definitivo.

JOSE CANAL

—o—

AGONARIO, por Hugo Emilio Pedemonte. Separata de la revista «Papeles de Son Armadans». Palma de Mallorca, Julio-Agosto de 1968.

Hugo Emilio Pedemonte es un conocido poeta uruguayo, que casó con Eladia Morillo Velarde. El matrimonio, con dos hijitas, vive actualmente en Azuaga.

Cincuenta y seis poemas breves; a veces, tanto, que no pasan de cuatro versos, se recogen en esta separata:

Un parque en el otoño,
una senda recóndita
y el adiós de la tarde
en una golondrina.

Van sin titular. Una cifra romana los numera y todos se amparan bajo esta palabra, *Agonario*, cuyo significado preciso

no hemos sido capaces de encontrar en nuestros diccionarios, pero que nos gusta.

Claro es que se nos alcanza su alusión a agonía y hasta que pudiera traducirse así: «Breviario de agonías». Quizá es un americanismo que desconocemos. Pero todo esto importa poco. Lo cierto es que el vocablo resulta conciso, eufónico y poético.

Está compuesto este librito de versos a la manera de los «Proverbios y Cantares» machadianas. Unas veces son pensamientos, casi un puro epifonema:

El que quiera hablar de Dios
mejor que no diga nada;
se sabe que muchas plumas
pueden muy bien no ser alas.

Otras, una auténtica *greguería* destellando irisaciones poéticas:

Gallos de plata: estrellas,
lucid las plumas claras;
solo el que canta muere:
vosotras vais calladas.

En ocasiones, una bella canción:

Arbol sin trino no vale;
río sin puente, tal vez;
mientras que la tierra cante
ya puede el agua correr.

Parece que el escritor lleva su libro de de notas en el bolsillo del pecho y va escribiendo a golpes de inspiración, apresuradamente, en el mismo lugar y tiempo en que le brilla de pronto la luz de una estrella, sin que un motivo tenga relación aparente con el que le sigue o precede.

Es como el paseo de un poeta que lleva los ojos atentos al asombro, que tiene hipersensible la piel del alma; que ve y siente todas esas cosas para las que los demás son ciegos e inertes:

Como yo lo ví, lo digo,
porque es una cosa extraña
que siempre sea una paloma
el eco de una campana.

Aunque la mayor parte de estos poe-

mas estén traspasados de la melancolía, vemos en ellos más vida que agonías. Tal vez una vida madura que sabe ya mirar hacia atrás y hacia lo alto, que ve y siente intensamente y, por ello, con dolor, pero también con esperanza.

Hugo Emilio Pedemonte ha escrito con esa voz unos bellos poemas que se leen sosegadamente y que recrean y deleitan. Son como poesías inacabadas a las que cada uno sentimos que el deseo de añadir el estrambote de los ecos que el último verso resuena en nuestro corazón.

J. C.

—o—

EXCAVACIONES REALIZADAS EN LA «CERCA DE LOS HIDALGOS», CAMPOLUGAR (Cáceres), por Carlos Callejo Serrano. Separata del Noticiario Arqueológico Hispánico XIII y XIV. Madrid 1971.

La extensa provincia cacereña, habitada desde remotísimas épocas, lugar también de paso y crisol de civilizaciones, ofrece al investigador y al arqueólogo las más seductoras perspectivas. El suelo cacereño es un venero riquísimo y casi virgen que espera paciente al prospector del pasado que venga a desvelar a fuerza de paciencia y trabajos su gran incógnita, que reconstruya trozo a trozo el insospechado rompecabezas de las civilizaciones pretéritas. El arqueólogo, confesémoslo, es un ser excepcional, domina diversas disciplinas, es infatigable luchador, y no se arredra ni ante los fracasos ni peligros. A veces será lógico, otras intuitivo, pero siempre le guiará esa fe ardiente imprescindible para sacar la verdad de los entresijos de la rutina o de la cómoda pareza. Profesión ciertamente apasionante no exenta de riesgos ni de incomprensiones, el arqueólogo impasible seguirá su camino y nunca llegaremos a pagarle debidamente, la labor que realiza en pro de la humanidad.

A esta clase de hombres de raro temple, pertenece Carlos Callejo Serrano, polifacético escritor, que sin ser cacereño, —de ahí su mérito— ha hecho de Cáceres la meta de sus más importantes

realizaciones. Callejo es el autor de la hipótesis más verosímil, sobre el origen del nombre de Cáceres, y fue quien supo apreciar desde el primer instante el alto valor histórico-arqueológico que encerraba la paleolítica cueva de Maltravieso... pero basta de proemio, acabamos de leer lenta y concienzudamente esta interesantísima separata del Noticiero Arqueológico Hispánico, trabajo donde Callejo en cincuenta páginas de denso contenido, nos relata con una meticulosidad rayana en lo obsesivo, la labor arqueológica que realizó en las proximidades de Campo Lugar, pueblecito del sur cacereño, lindando con la provincia hermana de Badajoz. El hallazgo de ligeros vestigios en la llamada «Cerca de los Hidalgos» y la situación de enlace, a 30 kilómetros de Medellín y con fácil acceso hacia Toledo le hacen sospechar la existencia de una posible necrópolis. Su intuición o su lógica elige el terreno y comienzan las excavaciones... y a luz van surgiendo una tras otra treinta tumbas, estelas funerarias y un sin fin de objetos de diferentes épocas. Después del relato de esta parte histórica Callejo se enfrasca en la descripción exhaustiva de lo encontrado. Pormenoriza las tumbas, clasificándolas según su hechura, o por la categoría social del inhumado, anota sus medidas, incluso la situación cardinal; describe con mimo los objetos funerarios, nos dice su color, la finura del dibujo, recompone los averiados y hasta relata todo lo anecdótico que surge en la excavación.

La última parte de la obra expone sus conclusiones estimando que la parte explorada fue una importante necrópolis de algún poblado cercano del siglo I de nuestra era y que también sirvió de última morada a sus habitantes de los siglos IV y V.

A pesar de ser tema árido para un profano, la amenidad del relato de Callejo y la palpable pasión que el autor siente por estas cosas contagian al lector que vive también estos interesantes momentos.

El trabajo se complementa con un mapa de situación y varios croquis que ilustran y aclaran el texto. Las fotografías

en papel *couché* reproduciendo las tumbas, son impresionantes y muy artísticas y cuidadas las de la cerámica.

Como es habitual en él, Callejo Setrano, ha hecho un acabado y completo estudio, que recomendamos sin reservas a todo aquél que se interese por la arqueología o por la historia cacereña. Su competencia y laboriosidad han sacado de la oscura noche del tiempo un importante jirón del pasado de nuestra tierra.

J. A. O. M.

- o -

HISTORIA DE AMOR, «LOVE STORY», por Erich Segal. Traducción de Eduardo Gudiño. Editorial Emecé. Barcelona-Buenos Aires.

Sé de más de un fino catador de letras que, cuando en una librería tropieza con un *Mas Vendido*, es decir con un *best seller*, en la jerga angloparlante que nos vemos obligados a emplear, retira de él la mano como si quemase. Nada extraño porque un *best seller* es un libro que ha apasionado a la masa, y la masa por desgracia y en mucho tiempo no es ni será un buen aparato para medir la calidad literaria. Basta recordar que el escritor español más conocido en el mundo en la primera mitad del siglo XX, fue Vicente Blasco Ibáñez, el cual ocupa un lugar bastante secundario entre las firmas literarias españolas de aquella época. En el día de hoy, el autor español más famoso y más traducido en el orbe, es (con mucha ventaja sobre don Miguel de Cervantes) Corín Tellado, una confeccionadora de fotonovelas.

Así pues, nadie puede llamarse a engaño si este *Love Story* que ha proporcionado millones y millones a su autor, esté cósmicamente lejos de ser una obra maestra, en el fondo ni en la forma. Tenemos un relato, escrito en primera persona, de los cortos amores de un joven estudiante holgazán y rebelde al uso, aunque muy fuertote él, y que al final resulta una notabilidad en su carrera. Estos cortos amores, sancionados por un extraño rito matrimonial, son truncados

por la muerte prematura de la chica. El joven viudo abdica de algunos de sus errores y abraza a su padre.

Como se ve, esta historia se ha escrito cientos de miles de veces, con mejores recursos y quilates, desde Piramo y Tisbe hasta Pablo y Virginia, pasando por los amantes de Verona y por los de Teruel. La única cosa nueva, a la que no sé si será debido el fabuloso éxito de la obra, es el vocabulario que emplean los personajes, con arreglo al cual, una de cada cuatro palabras que profieren, es un terminacho prostibulario. El protagonista emplea cada vez que se refiere a su padre la expresión *hijo de perra* (el eufemismo zoológico es mio: en el texto genuino va la palabra usual con sus íntegras cuatro letras); esta misma voz cuatrílitera se emplea además a trochemoche para adjetivar a cualquier objeto femenino o masculino, abstracto o concreto. Lo mismo ocurre con otras expresiones soeces que empastelan las páginas del libro. Por este motivo cualquier persona normal que coje este cuadernito -por el número de páginas no alcanza la categoría de libro- atraído por su fama universal, lo suelta con asco desde las primeras páginas. También por este motivo, el folleto se vende como agua entre vastas zonas de la juventud de nuestros días.

Si la intención del autor, al escribir esta historieta romántica con lenguaje de de burdel, ha sido hacerla digerible a estos habituales lectores, metiéndoles *liebre por gato*, bien está, y habría que celebrar que por este procedimiento el público a quien está dirigido pudiera gustar algunas gotas de idealismo, aun batidas con agua de letrina. Pero hay un resto de público que todavía es numeroso el cual no necesita ese tratamiento para saber que en la vida hay cosas nobles. Y este público es al que sentimos no recomendar la famosísima obrita de que hablamos.

Como sabe ya poca gente, en la novela de Chateaubriand, Virginia muere ahogada por no querer despojarse de su vestido en un naufragio. La Virginia de *Love Story*, que se entrega lisa y llanamente a su Pablo la segunda vez que habla con él, cada vez que abre su angelical boca es para dejar escapar la palabra de Chambronne.

Debemos piadosamente creer que el autor, un eminente profesor americano, ha querido hacer nacer una florecilla sobre un cubo de estiércol. Lo más gracioso del caso es que algunos críticos de esta obra lo que han juzgado censurable ha sido precisamente esta piadosa intención del autor, A la cuenta, les estorba la florecilla.

C. C. S.